

Arnoldo de Jesús Gómez García

“Literatura: derivas, límites y redes de lenguaje”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 71, enero-marzo de 2025, pp. 17-20.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

I. Miradas

Me gusta ver las estrellas cuando el cielo y las nubes me lo permiten. Cada vez que lo hago, la primera palabra que me viene a la mente es “desprendimiento”. La irradiación lumínica como un desmembramiento del lucero, como un árbol deshojando. La luz se mueve a través del espacio bajo la condición de que su alejamiento del astro de origen no solo es definitiva por la distancia que crece entre ellos, sino además por el tiempo que les separa. Bien sé que el tiempo no espera a nadie, y que en términos astronómicos se acorta o se alarga según la densidad de los objetos. Todo lo define la magnitud y el punto de vista. En segundo lugar, recuerdo que muchas de las luces que contemplo tienen un significado. Alrededor del mundo, los astrólogos de las primeras civilizaciones aprendieron a observar y dar sentido a los movimientos de las estrellas, y a relacionarlos con los destinos de las personas y los pueblos. Mirar al cielo era leer a la luz del destino; el firmamento era un papiro de ideogramas astrales. Y esto me lleva a una asociación final sobre ciertos nombres: “Algunos puntos luminosos se movían y recibieron el nombre de *planetas*, estrellas errantes, y como nada se mueve sin voluntad concluyeron que debían tenerla; por ello les atribuyeron carácter divino” (Edelstein 2019, 40). Crear mitos vinculados a los cuerpos celestes, como Neptuno y el dios griego del mar o nuestro satélite y la diosa Selene, contribuyó a mirar y a relacionarse con el manto nocturno con algo más que silencios. En la necesidad de explicar y con-

Liternatura: derivas, límites y redes de lenguaje

Arnoldo de Jesús Gómez García

tener, perder el temor y dar motivos de esperanza, los humanos fabricaron ficciones que dieran sentido a su existencia y, al menos en sus primeras tentativas, a los seres que les rodeaban.

II. Extrañamiento

Como todo arte, la literatura puede ser un mapa de la humanidad. Una cartografía de las pasiones y las perversiones, de la intimidad emocional y de la incertidumbre. Se trata de una mirada al pasado y al presente, e incluso al futuro. En una antología de ensayos especulativos, Yásnaya Aguilar Gil imagina el fin de la noche del capitalismo antropocéntrico en el crepúsculo del siglo XXII. Este cambio de paradigma supone, para la escritora, no solo un giro al marco económico, sino a todos los ámbitos de la existencia. Aguilar, a través de un deseable tiempo venidero, vislumbra a una comunidad que mira al siglo anterior (el nuestro) con un asombro que descoloca al lector: “Es de extrañarse que, a finales del siglo XXII, en plena explosión de lo que las personas espontáneamente, y en muchos lugares del mundo, comenzaron a llamar ‘estéticas colectivas de la tierra’, volvamos ahora a hablar de arte y literatura” (Aguilar 2021, 139). Desde un plural mayestático, la voz se pregunta cómo era posible que los libros

no fueran una creación colectiva antaño. “Qué extraños antepasados”, parece decir el autor ficcional denominado como Redes Comunes Mixes. El futuro del arte y de la literatura, especula la lingüista mexicana, conduce a una separación de los mecanismos capitalistas, colonialistas, violentos y ecodidas que atentan contra la supervivencia del ser humano y de todo lo no humano.

El extrañamiento, como postularon los formalistas rusos, es un mecanismo para acercarse a la realidad desde otra perspectiva. Saber que la luz de las estrellas es un eco del pasado evidencia tal mecanismo, pues lo que parece tener una forma física directa no es sino un fantasma, un recuerdo de un astro consumido, deshojado. El ensayo de Aguilar es otro ejemplo. Desde el ámbito filosófico, Timothy Morton dice que, por lo común, las cosas y los objetos solo se muestran como presencias (*vorhanden*, tomando el concepto de Heidegger) “cuando no funcionan bien o cuando son versiones diferentes de aquello a lo que estamos acostumbrados” (Morton 2023, 16-17). Saturados de la cotidianidad, apresurados por un tiempo de trabajo y producción que no se detiene por nadie ni nada, nuestra existencia se olvida de muchas cosas y seres que pasan alrededor. La luz sigue su curso y no la cues-

tiono. Para Morton, un efecto de esta “somnolencia” es la miopía sobre el problema de la crisis climática o, como él la llama, una era de extinción masiva. A pesar de las advertencias que año con año denuncian los científicos y las instituciones ambientales internacionales, parece que un velo nos cubre. Vivimos una pesadilla y preferimos ignorar la alarma.

¿Cómo despertar de un sueño de conformidad e ignorancia? ¿Cómo levantarnos mientras la noche del capitalismo antropocéntrico sigue ahí afuera? Morton parece tener una solución desde la perspectiva filosófica de la Ontología Orientada al Objeto (ooo). Esta plantea que nada puede ser entendible ni desde una sola perspectiva ni al primer contacto. De hecho, requiere de otras opciones, otras formas de ver la realidad. ¿Qué es una represa natural elaborada por castores para el ojo humano? ¿Y para los castores? ¿Y para los árboles talados y los que observaron la tala? ¿Y para el río contenido? A mi parecer, para alcanzar un entendimiento superior de los objetos es necesario un cierto grado de humildad y empatía. Y qué mejor que verlo desde un punto tan dado por sentido como nuestra relación con lo que denominamos naturaleza: “Porque, curiosamente, esa sensación de apertura, esa inquietante sensación de encontrarnos en un sitio y no reconocerlo, es exactamente un vislumbre de una vida menos definitiva, de un mundo que no está compuesto casi enteramente de nosotros mismos” (Morton 2023, 38).

III. Deriva

Si despierto y la flor de Coleridge sigue ahí... ¿entonces qué? Si

despierto y me doy cuenta de que no soy más que un punto en el firmamento, un ser más en el gran ecosistema llamado Tierra... ¿entonces qué soy? ¿Mi forma de entenderme cambia mi lugar en el mundo? Según Morton, sí debe cambiar en algo, aunque no lo notemos. En 2015, ocurrió la instalación *Ice Watch* del artista danés Olafur Eliasson. Se realizó en la plaza del Panteón de París con motivo de la reunión de los delegados de las naciones de la COP21, la cumbre del calentamiento global. La instalación estuvo compuesta por 12 bloques de hielo que sumaban 80 toneladas, traídos desde Groenlandia; fueron acomodados para que asemejaran un reloj. Durante el tiempo que permaneció la obra, cualquier persona podía acercarse e interactuar con el hielo. ¿Fue esto una manera de entender cuál es el lugar del ser humano en la Tierra? Más allá de sus significados inmediatos y alarmistas sobre el poco tiempo que nos queda antes del deshielo de los polos, lo que Morton rescató fue la interacción de las personas con el hielo.

Aunque no se reflexionara, lo que los visitantes hicieron fue desarrollar su conciencia ecológica, es decir, pensaron en una situación o un problema desde otras miradas, otras formas de medir(se). En este extrañamiento o apertura hacia los bloques de hielo, mujeres, hombres y niños coexistieron con ellos recostándose, abrazándolos, caminando en torno suyo, hablando, etc. Pero también el hielo tuvo la posibilidad de establecer un contacto distinto con el ser humano, sigiloso al menos por ahora. “El arte es importante para entender nuestra relación con los seres no humanos, para aprehender el sentido ontológico orientado

al objeto de nuestra existencia” (Morton 2023, 58).

El divulgador de la ciencia Andrés Cota Hiriart sugiere en un artículo que una causa es la desconexión del ser humano con lo natural: “Además, esta carencia de contacto con el medio ambiente debilita la alfabetización ecológica, empaña su apreciación y pone en jaque la conservación de lo poco que queda del mundo silvestre” (2024, 82). Expatriados de un paraíso terrenal perdido mítica, mental y fisiológicamente, los seres humanos han tratado de compensar el desarraigo construyendo sus propios paraísos artificiales y, recientemente, han intentado entablar puentes entre el entorno exterior y el paisaje interior.

En una especie de diálogo sigiloso, el biólogo mexicano recupera un concepto reciente en el campo literario, la *litteratura*. Se trata de toda una serie de narrativas y poéticas que establecen el vínculo entre lo artístico y lo íntimo con la naturaleza. Convergen en este concepto poesía, narrativa, ensayo, crónica y memoria, pero también otras formas de expresión, como los podcasts, los videojuegos y los medios audiovisuales. Las y los creadores abiertos a la contemplación, con humildad y en busca de una sensación de extrañamiento, traen a su visión objetos y seres que antes pasaban desapercibidos. Como presencias que recuperaron su contorno, quien hace *litteratura* pone peso a lo nombrado. Le da valor y un lugar relevante.

IV. Límites

Pero no todo es sencillo. Si uno de los problemas más grandes de la humanidad es empatizar con *el* otro (el ser humano que no soy yo ni mis conocidos,

compatriotas o hablantes de la misma lengua), entonces estamos ante una trampa de la palabra al pretender empatizar con lo otro. Aquí se expande nuestra torre de Babel, pues además de las montañas de escombros que separan las lenguas se erige un abismo de silencios y miradas entre especies. ¿Cómo entiendo a mis mascotas cuando me ladran? ¿Quién me dice qué expresa un árbol cuando lo talan? Y cuando incendian un bosque o se seca un lago, ¿cómo son sus lamentos? ¿Un terremoto es lenguaje o es un efímero ser que realiza danzas telúricas? ¿El huracán es corazón o suspiro del mar y el cielo?

Héctor Hernández Montecinos critica el uso de conceptos como *litratura* o *ecopoética* por su punto de observación, pues “no deja de ser una disciplina que se mide desde el lugar de lo humano [...]. No se deja de mirar desde afuera, desde otro lugar, desde donde justamente su capacidad de enunciar lo separa del resto de las formas-de-vida” (2021, 117). Este es un problema que proviene del Antropoceno, pues se cerró el paso a lenguajes externos a aquel que el ser humano puede enunciar. De hecho, lo que apuesta el autor es que lo “eco” trasciende el sentido del lenguaje humano. Desde su acepción etimológica, *oikos* traería a la poesía una forma de habitar en los registros multiformes de los lenguajes que se conciben al contacto con lo natural.

La ooo de Morton me hace resonancia aquí, como una muestra de que para entender la relación humano-no humano que propone la *litratura* hace falta establecer diálogos distintos, no cerrados necesaria o exclusivamente a la palabra. Por ello, es importante trascender



Beatriz Sánchez Zurita: *Bosque México-Japón* núm. 4

aquel aforismo de Wittgenstein, según el cual “los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”, pues hay mucho más en juego que lo definido y limitado por las palabras. Es necesario un arte verbal que se enfoque en conservar experiencias humanas y no humanas. Como mapa del ser humano, la *litratura* también lo debería ser de todo lo que abarca lo natural. Así, la palabra dejaría de ser frontera y se convertiría en puente.

Pienso en Ariel Guzik y sus intentos, durante más de 25 años, por apreciar y entender los lenguajes de otros seres vivos, en especial los cantos y ecos de las ballenas. Él mismo se pregunta qué sería más sencillo, si aprender su lenguaje o hacer que ellos

nos entiendan, y su conclusión es partir el mutismo por la mitad. Dar el primer paso hacia sus sonidos para concebir nuevas expresiones en conjunto. A través de Nereida u Holoturian, artefactos ideados para captar y emitir sonidos como melodías sutiles, Guzik logra dialogar con los antepasados que volvieron a los océanos. En este afán por entender y darse a entender, el artista mexicano reflexiona que “a fin de cuentas toda forma de lenguaje implica en algún punto un desencuentro. Su incompletitud y agotamiento motiva la invención de nuevas voces” (Guzik 2021, 86). Si nos limita el lenguaje para entender al mundo ajeno, ¿por qué no creamos otros?

V. Anthos, Leigen

De acuerdo con su etimología, las antologías son selecciones de flores. Una especie de ramos especialmente elaborados para el deleite. Me parece muy bello cómo su significado ha ido mutando de flores a obras de arte. Así pues, recientemente ha habido un interés por reflexionar sobre lo no humano a través de la experiencia personal, la divulgación, el arte y la poesía en general. Me vienen a la mente los ramos de *Semillas de nuestra tierra. Muestra ecopoética mexicana* (2023) compilado por Mónica Nepote y Yaxkin Melchy o *La idea natural* (2024) de María Negroni, los cuales reúnen voces y discursos de lo natural.

En la introducción de la primera antología se prioriza la demanda de sensibilidad y empatía a través de la escritura, no solo actual ni del siglo xx, sino de cada pueblo originario que conocía tanto o más acerca de la conexión con lo natural. La poesía está al centro, pues “los poemas que nacen de un diálogo entre las voces de la naturaleza y el corazón humano son un verdadero tesoro de reconexión para este mundo desamparado” (Nepote y Melchy 2023, 17). Por su parte, la obra de Negroni sugiere que la parcialidad del registro, la mirada sesgada desde lo humano es necesaria. Así, entender el libro de la naturaleza forzosamente requiere de un equilibrio entre el mundo que se observa y el mundo que se dice, la literatura. De este equilibrio surgirá “en

las marcas silenciosas que enlazan lo supuestamente inconexo, un conjunto dotado de sentido” (Negroni 2024, 12-13).

Traer sentido a los silencios que nos separan del otro, como el que antaño se dio a las estrellas y los planetas, me remite a un intento por traducir. En el vacío que se gesta entre la palabra y la montaña, el cielo, el mar, los animales, las plantas y los hongos, de acuerdo con Clara Obligado, hay una suerte de traducción de malentendidos. El intercambio que emerge en la literatura, como diálogo entre el observador y la naturaleza (y las experiencias y sensaciones que se producen), hace que la palabra humana tenga una deriva. “No nos alcanzan las palabras para describir lo que nos pasa, necesitamos un nuevo diccionario” (Obligado 2024). Me parece que ese es el punto de cada antología y de la literatura. Dar nombre a las experiencias, a la alteridad natural, a los problemas de la crisis climática. Un intento, en fin, de devolverle su presencia e importancia a lo que nos rodea para darnos cuenta de que ahí estamos, como un eco distante de luz, como un canto de cetáceo aguardando una respuesta. **LPyH**

REFERENCIAS

Aguilar Gil, Yásnaya. 2021. “El arte, la literatura y las estéticas colectivas de la tierra”. En *En una orilla brumosa. Cinco rutas para repensar los futuros de las artes visuales y la lite-*

ratura. Editado por Verónica Gerber Bicecci, 139-151. Querétaro: Gris Tormenta.

Cota Hiriart, Andrés. 2024. “Entre la literatura y la narratividad”. *Letras Libres* 308: 84-86.

Edelstein, José. 2019. “La oscuridad de la noche y el origen del universo”. *Revista de la Universidad de México* 845: 39-44.

Guzik, Ariel. 2021. “Caligrafía cetácea”. En *En una orilla brumosa. Cinco rutas para repensar los futuros de las artes visuales y la literatura*. Editado por Verónica Gerber Bicecci, 83-90. Querétaro: Gris Tormenta.

Hernández Montecinos, Héctor. 2021. “Contra el amanecer”. *Luvina* 102: 113-118.

Morton, Timothy. 2023. *Todo el arte es ecológico*. Traducido por Fernando Borrajo. Barcelona: GG.

Negroni, María. 2024. *La idea natural*. Barcelona: Acantilado.

Nepote, Mónica y Yaxkin Melchy, eds. 2023. *Semillas de nuestra tierra. Muestra ecopoética mexicana*. México: Cactus del viento, Grupo de Investigaciones Poéticas de la Madre Tierra.

Obligado, Clara. 2024. “Los árboles y la traducción”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1 de julio. <https://cuadernoshispanoamericanos.com/los-arboles-y-la-traduccion/>.

Arnoldo de Jesús Gómez García (2000) es licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas y especialista en Promoción de Lectura (UV), ambas con mención honorífica. Su investigación de posgrado se centró en la literatura para propiciar la conciencia ecológica.